

Dijeron que había sido uno de los mayores escándalos científicos de la Historia, un experimento perpetrado por una secta de pirados o un ensayo que sólo podía entenderse como entretenimiento ecológico, en plan parque temático de Greenpeace. Pero detrás de los titulares con los que los medios despacharon el proyecto 'Biosfera 2' a principios de los 90 había una historia memorable, por excéntrica o por inspiradora. Más incluso, en estos tiempos de reconfiamento, emergencia climática y exploración planetaria (ahora toca Venus). 'Biosfera 2' supuso el penúltimo intento por reimaginar el mundo antes de

que se vaya definitivamente al garete. Un ingeniero licenciado en Harvard con pasado hippie (John Allen) y un multimillonario de familia petrolera con vocación conservacionista (Ed Bass) sintonizaron en pleno sprint hacia el Antropoceno para materializar en Arizona el mayor laboratorio medioambiental jamás construido. Pretendía servir de prototipo para futuras colonias espaciales y albergaba, para su estudio, animales y plantas de diferentes ecosistemas: la selva, la sabana, el desierto, el manglar, el arrecife de coral... además de superficie cultivable. "Fue algo bíblico. Era, básicamente, como llenar el Arca

LOS TERRA NAUTAS

de Noé", recuerda uno de los primeros inquilinos de aquella estructura futurista de acero y cristal que medía lo mismo que dos campos y medio de fútbol. Un documental y una novela evocan a los terranautas o bioesferianos a punto de cumplirse tres décadas de su épica aventura, marcada por las acusaciones de fraude, el linchamiento mediático, los problemas de autoabastecimiento, la tensión de la convivencia, la restricción de las comunicaciones con el exterior, la inesperada presencia de cucarachas y la irrupción de un personaje que con el tiempo sería clave en la política estadounidense: Steve Bannon. 

FOTOGRAFÍA DE
ROGER RESSMEYER | JOSE MARÍA
ROBLES



Veintiseis de septiembre de 1991. Cuatro mujeres y cuatro hombres vestidos con un uniforme azul oscuro son despedidos con honores de astronauta por una multitud cerca de la ciudad de Oracle (Arizona). Van a permanecer dos años confinados en una especie de invernadero gigante simulando la vida en el espacio, sin recibir comida ni apenas contactar con el exterior.

De repente, la expectación muta en pánico. La escotilla de aquel recinto hermético casi de ciencia ficción no cierra a la primera.

Ni a la segunda. Ni a la tercera, sino a la cuarta intentona. Como si se tratase de un mal presagio –televisado además para todo el planeta–, un portazo despidió al grupo de científicos en el mismo instante en el que comienza su experimento.

Lo que sucedió allí dentro entre 1991 y 1993 no sólo dio algunas pistas sobre el comportamiento de la flora y fauna en condiciones de aislamiento extremo, sino que también constituyó el primer test a gran escala sobre psicología humana en entornos confinados realizado en Estados Unidos. E incluso anticipó, en calidad de evento mediático o hito de la cultura pop, el éxito del formato *reality show* casero.

«*Biosfera 2* fue un experimento en el sentido más amplio de la palabra», admite el director de cine Matt Wolf, que tenía apenas nueve años cuando los terranautas de John Allen cumplieron su primera misión. Tal vez el impacto que le causó de niño explica por qué su último documental es, precisamente, una reconstrucción del proceso que dio como resultado aquel hábitat paralelo y, muy probablemente, irreplicable.

Se titula *Spaceship Earth*, pudo verse en la última edición de los festivales de Sundance y Sitges y estará disponible para el gran público en España en marzo de 2021. Filmin lo estrenará en salas antes de comercializarlo, en

exclusiva, en su plataforma de vídeo bajo demanda.

En la película, Wolf retrocede hasta mediados de los años 60 para ponerle contexto a la aventura biosferiana. El origen de todo es una conversación entre John Allen y una joven llamada Kathelin Gray, a la que conoce por casualidad al salir de su piso en San Francisco. Ella le comenta que está leyendo *El monte Análogo*. Escrito por el místico francés René Daumal, propone un viaje simbólico a un lugar que no existía en ningún mapa.

«Quiero hacer lo que pone en este libro», confiesa Gray, y sus palabras las recoge Allen para reclutar una comunidad de ecoactivistas y actores de teatro experimental. Tras instalarse en un rancho en Nuevo México, empiezan a cultivar, a ensayar, a leer más ensayos visionarios, a darse cuenta de que en realidad la finca de que se les queda pequeña. Deciden construir un barco sin tener ni las más elementales nociones de ingeniería náutica y surcan las aguas de varios continentes. Conocen al magnate Ed Bass y se ofrecen como mano de obra para abrir un hotel en Katmandú. Ven una película de naves espaciales con huerto a bordo

y se lanzan a replicar esa idea a tamaño XXL tras celebrar una conferencia en Francia con científicos y aventureros. Bass pone 150 millones de dólares de su bolsillo, con la intención de patentar los posibles descubrimientos y comercializarlos en el

futuro, cuando ir a Marte sea tan corriente como salir a comprar el pan.

Y así llegamos al día en el que Roy Walford, Jane Poynter, Taber MacCallum, Mark Nelson, Sally Silverstone, Abigail Alling, Mark Van Thillo y Linda Leigh, los ocho candidatos que han superado la fase de preselección, entran como estrellas del rock en el micromundo bautizado como *Biosfera 2*. La 1 era, por supuesto, la propia Tierra.

«Es una historia épica que abarca medio siglo. Se trata de un relato con muchos giros y vueltas, pero he tenido la suerte de que se filmaron casi todos los aspectos de la historia», explica Wolf por email. Pero se queda corto con las esdrújulas: la historia es épica y a la vez cándida, poética y didáctica.

UN DEDO AMPUTADO

La novela de T.C. Boyle *Los Terranautas*, recién publicada en nuestro país por Impedimenta, también se interesa por lo que tuvo lugar bajo la pirámide de cristal de Oracle. En este caso, desde la ficción y usando 1994 como referencia. Es decir, la fecha de la segunda expedición, que fue sabotada por algunos de los primeros biosferianos y abortada antes de tiempo tras otros cuantos imprevistos.

Boyle apuesta por enmarcar la trama en un programa de telerrealidad retransmitido a nivel

biosferiano. Sólo que en la novela, al margen del afán de supervivencia de los confinados, hay ciencia, sexo y humor negro.

«Como autor que siempre ha estado profundamente fascinado con los problemas ambientales que hoy parecen ser los acuciantes para el futuro de nuestra especie, *Biosfera 2* me atrajo tan pronto como comenzó», confiesa Boyle. «He publicado varios libros con temas ambientales desde entonces, pero por alguna razón no escribí sobre *Biosfera 2* hasta hace poco. Por supuesto, los tiempos lo han marcado, ya que hemos comenzado a mirar más allá de la propaganda con la que nos ceban los políticos y a ver los problemas tan graves que tenemos respecto al calentamiento global y la extinción masiva de especies».

Los participantes en el experimento, según lo que se ve en *Spaceship Earth*, no hablan tan a las claras en ningún momento sobre el futuro sombrío de la Tierra. En un primer momento, diríase que arcádico, se las componen para sacar adelante sus cosechas con luz del sol y agua reciclada, para alimentarse no muy mal –hasta elaboran vino a partir de plátano– y para desarrollar más de 60 proyectos de investigación.

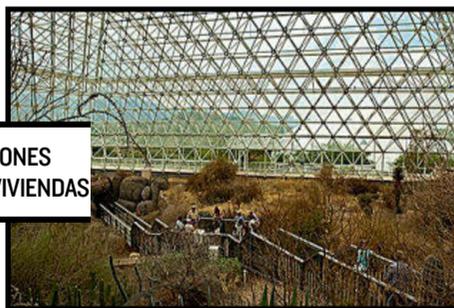
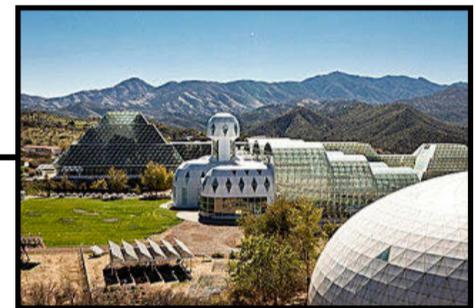
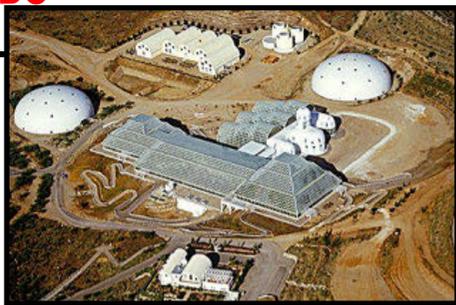
Todo cambia con un accidente fortuito. Jane Poynter mete la mano en una trilladora en marcha. Pierde la punta de un dedo y precisa de una asistencia quirúrgica que únicamente puede encontrar afuera. El grupo delibera y determina que la siniestrada puede acudir al hospital si durante

se cumple. Aparentemente, es así. Luego se descubre que Poynter introduce dos mochilas con suministros y componentes informáticos. La credibilidad del proyecto de cara a la prensa, a la opinión pública y a la comunidad científica queda en entredicho.

Y a partir de ahí, las crisis se suceden. La luz solar mengua en unos meses de alta nubosidad y las vigas que aguantan la estructura obstaculizan la poca que se filtra, lo que repercute en los cultivos y obliga a priorizar los más productivos. Resultado: la remolacha se convierte en

Goldman Sachs, para el que trabajaba entonces, se hace con el control del recinto y ejerce en la práctica de liquidador. Una muesa en el currículo de quien con el tiempo se convertiría en asesor clave de Trump y referente del negacionismo climático.

Dice Wolf que *Biosfera 2* muestra cómo pudo ser el futuro, pero que también evidencia cómo la política y el dinero pueden frustrar una propuesta tan idealista. «Creo que la experiencia de los biosferianos fue única porque afrontaron presiones tanto sociales como ambientales siendo



SÍMBOLO DE UNA ÉPOCA. «CREO QUE LA EXPERIENCIA DE LOS BIOSFERIANOS FUE ÚNICA PORQUE AFRONTARON PRESIONES TANTO SOCIALES COMO AMBIENTALES SIENDO UN GRUPO PEQUEÑO», AFIRMA MATT WOLF, DIRECTOR DEL DOCUMENTAL 'SPACESHIP EARTH'

CASI VÍCTIMA DEL 'LADRILLO'. LAS INSTALACIONES HAN ESTADO A PUNTO DE CONVERTIRSE EN VIVIENDAS

el ingrediente casi único de desayuno, comida y cena.

Por si fuera poco, una plaga de cucarachas emerge de las cañerías a modo de castigo bíblico. Y lo peor de todo: los niveles de dióxido de carbono se disparan sin que nadie sepa muy bien por qué, dejando a los ya de por sí famélicos terranautas al borde de la asfixia y convirtiendo cualquier actividad que les exija un mínimo esfuerzo físico en una epopeya.

Aun así, *Biosfera 2* no queda invalidado como *paper* viviente hasta que las televisiones prueban que se está bombeando oxígeno dentro de las instalaciones con una depuradora secreta. Es el fin, por más que los turistas sigan acudiendo a hacer fotos a un zoológico humano que se degrada un poco más cada día. Allen y Bass, los dos promotores, terminan tirándose los trastos a la cabeza. Vuelan las acusaciones de traición. De haber sido una colonia espacial de verdad, habría estallado en mil pedazos.

El colmo es la llegada en helicóptero, escoltado por los *marshals* y en pleno Día de los Inocentes, de Steve Bannon. Enviado por el banco de inversión

un grupo pequeño. Hubo muchas deficiencias, pero descubrieron cómo trabajar codo con codo para gestionar un mundo más sostenible», apunta.

Hoy, el laboratorio más grande del mundo, en el que se sembró esperanza y se recogió caos y otras malas hierbas, es propiedad de la Universidad de Arizona y puede visitarse tras estar a punto de ser reciclado en urbanización. Bass ha donado 30 millones de dólares más al proyecto.

Los experimentos con humanos, animales y plantas en confinamiento se han multiplicado desde entonces, sobre todo a instancias de la NASA. «Esto es bueno, pero subyace en ellos el temor a que en un momento dado tengamos que abandonar nuestro planeta por estar volviéndose cada vez más inhabitable», contrapone Boyle. «Esto es un error. Crear una ecosfera es casi imposible. Debemos poner todos nuestros esfuerzos en preservar aquélla en la que hemos evolucionado. Mi plan para el cataclismo que se avecina es simplemente morirme, pero para mis hijos y nietos el panorama es realmente desolador».

planetario y supeditado a la voluntad de un demiurgo caprichoso, como sucedía en la película *El show de Truman*, de evidente eco

ese tiempo en el exterior no ingiere nada y si la responsable de Relaciones Públicas le acompaña para garantizar que el protocolo